

Wolfgang Korn

**LA VUELTA AL MUNDO
DE UNAS ZAPATILLAS
DE DEPORTE**

Ilustraciones de Birgit Jansen

Traducción del alemán
de Alfonso Castelló

 Siruela

Las Tres Edades **Nos Gusta Saber**

ÍNDICE

Introducción Cómo un par de zapatillas revolucionó la vida de una persona sedentaria	11
Capítulo 1 20.000 corredores de todo el mundo, pero ni una historia nueva. El maratón se convierte en una pesadilla	13
Capítulo 2 Encargo «Búsqueda de las zapatillas», o ¿cómo se consigue la historia perfecta a partir de un par de zapatillas?	27
Capítulo 3 Bienvenidos a 温州 (Wenzhou). Una ciudad llena de señales exóticas y mentirosos amistosos	45
Capítulo 4 ¡Perdido en la capital mundial de los zapatos! En lugar de zapatillas, encuentro un nuevo amigo	66
Capítulo 5 ¿Por qué no correr mientras investigo? Muchas historias sobre correr no encajan	87
Capítulo 6 ¿Cómo se desmonta una zapatilla profesionalmente? Todas las pistas conducen a África Oriental	107

Capítulo 7	Viaje a un país rico, pobre y colorido. Etiopía es distinta (a lo que yo imaginaba)	131
Capítulo 8	¿Quién conoce al gran doctor Zapatilla? Solo una treta nos lleva al destino	157
Capítulo 9	La historia de Abebe y Mammo. De pastores a ciudadanos del mundo en diez años, con algunas imperfecciones	177
Capítulo 10	El pequeño trato y el gran trato. Las zapatillas son parte de un injusto juego global	199
Capítulo 11	¡El mundo reclama justicia! Un maratón especial, una pequeña fábrica en África y la esperanza de un mundo mejor	228
Nota final		245

Introducción

CÓMO UN PAR DE ZAPATILLAS REVOLUCIONÓ LA VIDA DE UNA PERSONA SEDENTARIA

Z-A-P-A-T-I-L-L-A-S de D-E-P-O-R-T-E: hasta hoy, para mí solo eran una prenda a la que se le presta demasiada atención.

Básicamente, las zapatillas no eran más que calzado moderno para hacer deporte, con gruesas suelas de goma y cordones kilométricos. Me recordaban a gimnasios fríos, a vestuarios con olor a sudor, a clases de educación física en las que siempre fracasaba. ¿Y se supone que tenía que escribir justo sobre un par de zapatillas de deporte destrozadas que alguien dejó tiradas en un maratón?

Cuando mi jefe me habló de la historia, pensé: «Vale, ¿y qué hago yo esta tarde?». Aún no tenía ni idea de que esta historia sobre un par de viejas zapatillas de deporte duraría varios meses y me llevaría por medio mundo.

Así conocí un lado totalmente distinto del mundo, ese que no aparece en ninguna guía de viajes, y a muchas personas de Europa, Asia y África con las que no te encuentras en visitas guiadas.

Ni siquiera había contado con el hecho de que esta historia me robaría el sueño y la «inocencia». Sí, la inocencia. Porque a mí, Werner Koschinski, periodista desde hace veinticinco años, esta historia me ha hecho comprender de nuevo el mundo, la humanidad actual, y comprenderme también a mí mismo.

Si no fuera a sonar como una película mala de Hollywood, ahora escribiría que esta historia me ha cambiado la vida. Pero lo cierto es que es así. Las pruebas:

1. Ahora salgo a correr. Bueno, no a correr, más bien a hacer *power walking*, pero consigo adelantar a algunos corredores vagos. Además, quien me conoce sabe lo que significa este cambio: soy todo lo contrario a un fanático de los deportes. Los únicos deportes que me gustaban hasta ahora eran jugar al billar y ver el fútbol en mi bar de siempre.

2. Cuido mis zapatillas de correr. Quien sabe cómo trato el resto de mi ropa, sabe la revolución que eso supone en mi vida.

3. Yo, el periodista con mucho trabajo que no movía un dedo en su tiempo libre, ahora trabajo de voluntario con una *start-up* de Etiopía que hace zapatillas deportivas artesanales, a medida y no más caras que las de marca.

Este gran cambio empezó con un par de zapatillas de deporte, una fabricación especial de la que solo hay dos ejemplares en el mundo. Un par acabó destrozado, el otro debe de seguir intacto, por lo que debe de ser muy valioso, pero no sabíamos dónde estaba.

Es casi increíble que la búsqueda de esas zapatillas me llevara por el mundo: deambulando por la metrópolis china de Wenzhou o buscando a un zapatero en particular en África Oriental.

Sin embargo, tengo que empezar a contar la historia por el principio. Y contar la historia completa, no solo el reportaje para el periódico, en el que solo se habla de las zapatillas. No, esto trata de personas y su afán de movimiento, un afán que va mucho más allá de los 42,195 kilómetros de un maratón.

En realidad, nada de esto habría pasado si hubiéramos hablado del maratón de nuestra ciudad como hacemos cada año. Sin embargo, el jefe quería algo especial. Y lo consiguió.

Capítulo 1

20.000 CORREDORES DE TODO EL MUNDO, PERO NI UNA HISTORIA NUEVA. EL MARATÓN SE CONVIERTE EN UNA PESADILLA

28 de mayo, 10:30. Reunión de redacción del *Mittagskurier*

¡Mañana vuelve el maratón! Se trata de uno de los eventos anuales más importantes de nuestra ciudad, junto con el carnaval, el festival de cine, el Orgullo, el festival de músicas del mundo y algunas ferias.

El maratón de la ciudad es un regalo: es gratuito y previsible, pero también es una carga, porque se celebra desde hace más de veinticinco años: ¿qué queda por escribir para un periódico local?

Los últimos años, nos centramos en los muchos ayudantes invisibles. La carrera tiene lugar a finales de mayo y, aunque en las semanas previas se informa y se colocan señales de prohibido aparcar a lo largo del recorrido, algunas personas no cambian sus coches de lugar a tiempo, de modo que, la noche antes de la carrera, la grúa se lleva cientos de vehículos. Los servicios de grúa están muy ocupados en este evento, esa semana es temporada alta y nadie puede irse de vacaciones. Por supuesto, también hemos hablado de este tema.

Desde hace algunos días, la reunión de redacción se rompe la cabeza intentando encontrar nuevos «ganchos», como los lla-

mamos. Necesitamos algo nuevo, algo sobre lo que los demás medios no informan.

—Bueno, ¿qué tenemos? —pregunta Joachim Langenwiese, redactor jefe del *Mittagskurier*, el Jefe para nosotros—. ¿Qué vamos a contar sobre el maratón en la Página Tres?

La Página Tres es la segunda página más importante del periódico, después de la portada: la mayoría de los periódicos hablan de un tema actual de la forma más interesante posible.

Los compañeros proponen:

—¡El corredor que viene desde más lejos!

—Ya lo hicimos, el que venía de Nueva Zelanda.

—Entonces, el más joven.

—También lo hicimos, ¡hay una carrera infantil!

Se produce una pequeña pausa para pensar.

—¡El retrato del corredor de más edad!

Murmullos de rechazo.

—¿Y quién va a leer eso?

—¿Nuestros suscriptores, quizá? ¡No es que sean los más jóvenes!

—¡Y va a seguir así si no conseguimos atraer a los lectores jóvenes de una vez!

—¿Y qué les interesa a los lectores jóvenes?

—¿El nuevo tatuaje de Madonna?

—¡Madonna! Ese es nuestro problema, los jóvenes ya no saben quién es Madonna. ¡Si acaba de cumplir sesenta años!

—Solo podemos descubrir lo que interesa a los jóvenes hablando con los jóvenes...

Tenemos ese tipo de debates al menos una vez a la semana, sin encontrar salida; la sociedad necesita un periodismo independiente y de calidad, pero cada vez menos gente quiere pagar por ello, y los jóvenes los que menos, porque están acostumbrados a descargarse todo gratis de internet. Ese es nuestro principal problema.

Nuestro problema actual es que ya hemos contado todo lo que había que contar sobre este maratón: hace tiempo hablamos de cómo atraviesa nuestra ciudad el recorrido de 42,195 kilómetros, también hemos hablado de que los aproximadamente 20.000 corredores proceden de 120 países distintos. Por supuesto, hemos presentado a corredores del este de África, corredores que probablemente establecerán nuevos récords mundiales.

Sin embargo, los mejores tiempos se consiguen en otras ciudades. En Berlín se ha conseguido un nuevo récord mundial ocho veces desde 1998. Por ejemplo, el etíope Haile Gebrselassie mejoró su propio récord de 2007 (2:04:26) el año siguiente: 2:03:59. En 2013, el keniano Wilson Kipsang estableció el récord en 2:03:23, un récord que pronto mejoraron sus compatriotas Dennis Kimetto en 2014, con 2:02:57, y Eliud Kipchoge en 2018, con un tiempo de 2:01:39.

O el maratoniano alemán de todos los tiempos: Arne Gabius, médico y corredor profesional. En 2015, consiguió el récord de Alemania en el maratón de Fráncfort, con un tiempo de 2:08:33. ¿Por qué estableció este récord en Fráncfort y no en nuestra ciu-



dad? La mayoría de los corredores opina que en nuestro maratón hay uno de los mejores ambientes, y el recorrido es variado: no tiene muchos rascacielos y sí mucho bosque y un tramo por la orilla del lago de la ciudad.

Quizá todo se trate del vil metal. Ese es el otro lado del maratón: hay mucho dinero en juego. Hace dos años, una de nuestras antiguas voluntarias, Yvonne, que ya trabajaba en la radio de Berlín, descubrió algo en una inofensiva entrevista con el organizador del maratón de Berlín: «Sí, a algunos corredores les pagamos el viaje y el alojamiento, también una prima por correr. Y no es pequeña, estamos hablando de seis cifras». ¿De qué hablar después de un descubrimiento así? Ya está todo dicho.

Por suerte, no solo está el clásico maratón de 42,195 kilómetros, también están:

- el medio maratón,
- la carrera de 10 kilómetros,
- el medio maratón con patines en línea,
- la marcha,
- la marcha nórdica,
- la Fun Run,
- la carrera infantil.

Por supuesto, nos hemos ocupado de todas esas variantes en detalle. También hemos cubierto todo lo relativo a la organización: durante el año, un pequeño grupo de quince personas se ocupa de los preparativos y, algunas semanas antes de la carrera, el equipo crece. El día del maratón, 2.000 ayudantes se distribuyen a lo largo del recorrido. A esto se añaden eventos adicionales, como espectáculos en dos escenarios por los que pasan grupos de música y baile.

¿Por qué la carrera se llama «maratón» y tiene una distancia de 42,195 kilómetros?

Durante los primeros Juegos Olímpicos modernos de Atenas, en 1896, ya se corrió un maratón. El nombre hace referencia a la localidad de Maratón, mientras que la distancia de unos 40 kilómetros es la distancia que separa Maratón de Atenas.

La primera carrera tuvo lugar hace unos 2.500 años. El pequeño ejército griego había conseguido derrotar a los conquistadores persas, mucho más numerosos. Justo después de la batalla, el corredor Filípides corrió hasta Atenas y, al llegar, anunció: «¡Regocijaos, hemos vencido!». Después, murió de agotamiento.

Durante la primera Olimpiada moderna, el griego Spiridon Louis recorrió los 40 kilómetros en 2 horas, 58 minutos y 50 segundos, convirtiéndose en héroe nacional en Grecia.

Durante las siguientes tres Olimpiadas, el recorrido varió entre los 40 y los 41,26 kilómetros.

En los Juegos Olímpicos de Londres de 1908, el recorrido tenía que pasar obligatoriamente por el Palacio de Windsor, así que la comisión de competición amplió el recorrido un poco, hasta llegar a la distancia de 42,195 kilómetros, que se convirtió en la distancia de maratón definitiva. Todo porque una princesa inglesa quería ver la carrera desde su palacio.

Todo eso ya lo hemos contado, por eso hoy no encontramos ninguna sugerencia para la reunión.

Después de que el jefe diera por acabada la reunión de redacción, nuestras cabezas seguían dando vueltas. Diez redactores,

todos con doctorados o con algún premio periodístico, incapaces de resolver una tarea sencilla: ¿de qué hablamos mañana? Tenía que ser algo entretenido, algo educativo (pero no demasiado) y que pudiera llevar fotos. Y que tuviera que ver con el maratón, claro. Durante la comida, apenas se habló y se rio. Todos estaban meditando.

28 de mayo, 16:30. Última reunión de redacción sobre el artículo del maratón

El redactor jefe está muy enfadado, ¿no hemos tenido ni una sola idea innovadora! Y tenemos que competir con los demás medios: la radiotelevisión local ha colocado diez cámaras de televisión a lo largo del recorrido y ha alquilado motos y un helicóptero. Para un reportero, la tentación de ver la retransmisión sin más y luego escribir sobre el acontecimiento, como si hubiera estado en todas partes, es grande. Luego, se hacen un par de entrevistas con corredores, espectadores y organizadores, y el reportaje está listo. Las fotos pueden conseguirse de las agencias.

Eso es lo que harán algunos periódicos de la competencia, seguro, pero no el redactor jefe del *Mittagskurier*, él envía a los periodistas a la calle. «Sabéis lo que significa reportaje, ¿verdad?!». Siempre que puede se lo recuerda a sus empleados: reportaje viene de «reportar», que significa «transmitir»: imágenes, ruidos, caras, olores y todas las historias que hay a su alrededor. Justamente lo que no se ve con las cámaras de televisión y las emisiones por satélite.

Y para la Página Tres hacemos justo lo contrario. El jefe me mira a mí, su reportero jefe, y me dice:

—Werner, tú te quedas aquí, recuperas tu mejor «Historia con corazón» de la estantería, la retocas y la actualizas. Ya lo

estoy viendo: «Max M. solo puede seguir el maratón a través de una pantalla. Mientras los demás corren, Max M. tiene que tal y tal». Ve directo al lagrimal, para que todos los que tienen las piernas sanas y no las usan para correr maratones tengan mala conciencia.

Así que me paso toda la tarde en la redacción.

29 de mayo a las 08:30

Suena, puntual y a todo volumen, el «¡BANG!» cuando el alcalde da el pistoletazo de salida oficial del vigésimo sexto maratón local.

El *Mittagskurier* ha distribuido a sus periodistas en los puntos más importantes de todo el recorrido. Yo soy el único que descansa, después de mi turno tardío.

Aunque solo la mitad de los 20.000 corredores está apuntada al maratón, no pueden salir todos a la vez, así que forman una larga cola. Tampoco hay prisa por salir, porque todos llevan un chip que registra su tiempo de salida y llegada.

Como siempre, los mejores corredores salen primero y se distancian rápidamente de los demás, formando pequeños grupos. Corren en pequeños grupos porque tienen sus propios compañeros que corren con ellos, las «liebres». Las liebres son quienes marcan el ritmo y los pasos (en inglés se llaman *pacemaker*, por eso en sus dorsales aparece «PACE 87» u otro número). Corren sin competir y se encargan de que el corredor para el que corren no baje demasiado el ritmo para conseguir el tiempo que buscan.

08:45. Cerca del Ayuntamiento

Uno de los primeros espectadores en el recorrido es el redactor jefe. Nuestro jefe ama el olor del maratón, porque antes él también corría, hasta que su rodilla derecha dijo basta.

Hoy ha conseguido un hueco junto a la primera estación de avituallamiento. Aquí, los corredores aflojan brevemente para beber los primeros líquidos. Los corredores populares reciben esponjas húmedas, agua o zumos de frutas en vasos de cartón, en las siguientes estaciones también reciben alimentos energéticos. Los profesionales tienen pequeñas botellas con su nombre, que su equipo llena con bebidas adaptadas a sus necesidades, con las mezclas de minerales que necesitan. Justo después de la estación, que no es más que algunas mesas de caballete juntas, los corredores simplemente tiran los vasos al borde de la calzada.

A medida que el pelotón pasa por la estación, se puede ver cómo la montaña de desperdicios va creciendo. El jefe se pregunta si no es una buena imagen para la oficina municipal, y también lo hace una horda de gente que se hace *selfies*.

El jefe aguanta un par de minutos más, luego mira el reloj y se dirige lentamente hacia la siguiente puerta. Allí inspecciona un hallazgo y deja escapar un «¡Oh!». En el jefe, un hombre que ha visto de todo durante su larga trayectoria como director del *Mittagskurier*, esta reacción es del todo inesperada.

El hallazgo son unas zapatillas, y las manchas de color rojizo y marrón ¡tienen que ser sangre! ¿Quién se ha quitado las zapatillas ahí, y por qué? La sangre no puede ser de otro corredor que haya tropezado: tiene que haber sido uno de los corredores profesionales, solo ellos están en cabeza. ¿Se ha hecho una herida y ha tenido que abandonar, y la organización lo ha ocultado? ¿Se ha evitado un récord mundial haciendo una chapuza...?

«¡Eso es!». Con el brazo izquierdo, el jefe aprieta las zapatillas, destrozadas, ensangrentadas y apestosas, contra su costosa gabardina, como si fueran un bebé. «¡Nuestra exclusiva!».

Con la mano derecha, pesca su smartphone del bolsillo de la chaqueta y, en la lista de llamadas, busca «W. K.».

Tiene que esperar un rato hasta que su periodista responde, con voz dormida y reprimiendo un bostezo:

—¿Sííí, jefe?

—¿Aún estás en la cama, Koschinski? —Normalmente, el jefe me trata de usted, menos cuando está entusiasmado, entonces me tutea.

—¿Sabe hasta qué hora estuve ayer en la redacción? Escribí la historia emotiva, diseñé la página...



—¡Eso ya no importa! Tengo algo para ti.

—Pensaba tomarme el día libre, como no tengo ni idea de deporte, como usted dijo...

—¡Eso fue ayer! ¡Hoy necesitamos tu olfato de reportero! ¿A qué hora puedes llegar aquí?

—No lo sé, ¿dónde está?

—¡En la carrera, por supuesto!

—La carrera es larga, necesito más detalles...

—En el Ayuntamiento.

—Pues en media hora, con el tren y todos los cortes.

—Eso es demasiado. Nos vemos en la redacción.

09:45. Redacción del *Mittagskurier*

Algo más de media hora después, entro en la redacción con el jefe y el resultado del medio maratón. Los últimos corredores acaban de salir cuando los primeros corredores pasan la marca del medio maratón.

Un reportero publica los mejores tiempos en Twitter:

Primer puesto: 1:10:09,
segundo puesto, + 11 segundos y
tercer puesto, + 45 segundos.
¡Ni rastro de récord!

El jefe se aferra aún más a su descubrimiento.

—Koschisnki, ponte con la historia de inmediato. Tienes que descubrir algo sobre esta zapatilla, ¡como sea!

Tengo los números de teléfono de los trabajadores más importantes del maratón, así que los llamo de uno en uno, de arriba abajo. La mayoría está en algún lugar del recorrido y solo

utiliza el móvil para la comunicación interna entre las distintas secciones.

Después de cuarenta minutos, consigo hablar con alguien, un número de los más bajos de la lista: un sustituto de un viceportavoz del organizador del maratón, como llamamos a la gente que está en tercera o cuarta fila, que en realidad no pueden tener opiniones propias, pero a los que envían a hablar con los periodistas cuando los responsables no pueden o no quieren decir nada.

—Koschinski, del *Mittagskurier*. Tengo una pregunta que puede ser un poco extraña.

—Con las cosas que nos preguntan siempre...

—¿Ha cruzado alguien la meta sin... sin zapatillas?

—¿Cómo? ¿Sin zapatillas?

—Sí, sin zapatillas..., descalzo, probablemente.

—¿Descalzo? No que yo sepa, pero una vez, un corredor famoso de los sesenta, creo que en las Olimpiadas de Roma, empezó el maratón descalzo y ganó.

Enseguida lo apunto en una nota: ¡buscar en Google!

—¡Ah! ¿A lo mejor esta persona quería homenajear o imitar al corredor descalzo?

—No sé nada de eso. ¿Ha hecho alguien un anuncio, ha informado Sport 1 de eso? ¿Cómo se ha enterado?

—Bueno, tengo... —Cojo las zapatillas.

Menos mal que no estamos hablando por Skype, porque mi interlocutor las habría visto. Entonces, mi cerebro plantea una de sus famosas hipótesis: si le digo al tipo que hemos encontrado las zapatillas en el recorrido, quizá me diga algo como «todo lo que se encuentra en el recorrido es propiedad de Maratón S. A. Entregue las zapatillas a dirección de carrera durante las siguientes dos horas. Gracias por haberse dado cuenta». Luego, mi jefe me diría algo así como «Koschinski, muchas gracias por tus años de dedicación en el *Mittagskurier*, estás des-

pedido. Mira que dejar que un sustituto de un viceportavoz te quite nuestra mina de oro...».

¡De eso nada!

Poco a poco, el hombre al otro lado del teléfono se vuelve más curioso.

—¿Por qué lo pregunta...?

—Ah, porque... a mi compañero... le ha parecido... oír algo así en la carrera.

—¡Ah, los rumores! Si le contara todo lo que se dice...

—¡Encantado de oírlo! Pero seguro que tiene muchas cosas que hacer.

—¡Gracias, hasta luego!

Esta pista se ha enfriado.

Mientras, los primeros corredores han llegado a la meta:

Mejor tiempo: 2:12:33,
los demás corredores: +32,
+51, +122 segundos.

Sin embargo, los últimos corredores van a tardar cuatro horas más en llegar a la meta porque, oficialmente, después de seis horas se acaba la carrera. Sin embargo, muchos abandonan a mitad de camino o la dirección los saca de la carrera. Tras todos los participantes, un autobús avanza muy lentamente, el coche escoba: el autobús va recogiendo a todos los que están agotados o lesionados, y estos pueden subir al autobús para que los atiendan los sanitarios o seguir andando por la acera.

A primera hora de la tarde, los compañeros entran en la redacción tan exhaustos como los últimos corredores. Les espera una reunión de redacción especial.

Maratones. Eventos deportivos globales para las masas

Durante mucho tiempo, los maratones se organizaban con muy poca frecuencia. Había pocos deportistas extremos que entrenaran para esta larga distancia. Para el público, que solo veía pasar a los participantes brevemente, las carreras no eran muy interesantes.

El cambio empezó a darse cuando la cultura del *fitness* llegó a los países industrializados en los años setenta. En Alemania, el movimiento Entrénate animó a correr cada vez a más gente y, desde los años noventa, se ha producido un auténtico fenómeno de maratones en los países occidentales: los modernos métodos de entrenamiento también permiten a los corredores aficionados superar la distancia de 42,195 kilómetros.

Por ejemplo, en el maratón de Berlín, cada año toman la salida 40.000 participantes. Al mismo tiempo, han crecido las audiencias y los maratones se han convertido en grandes eventos deportivos, con carreras en casi todas las grandes ciudades, pero también en los lugares más bonitos y llamativos del planeta: se corre a temperaturas bajo cero (Hypothermic Half Marathon) o en el desierto (Burning Man Ultramarathon), de día o en lo más profundo de la noche (Maratón Nocturno de Bilbao). Se corre en el bosque o en el lago Baikal helado, en Siberia, o con las cataratas del Niágara como meta.

Cada vez más, estas carreras son una experiencia para el público y no solo para los corredores: en alguna carrera, los participantes deben llevar un *kilt* (falda escocesa), y no en Escocia, sino en la ciudad canadiense de Perth. En otras, es obligatorio disfrazarse de Papá Noel, de gorila o de Elvis Presley. En otras carreras, los corredores combinan correr con una

buena causa: se puede correr con perros o recolectar donaciones para la protección de los animales.

Las retransmisiones de televisión también han aumentado: las conexiones con varias cámaras, las tomas aéreas y los equipos móviles de cámaras en moto permiten al público vivir más de cerca la carrera.